

sofo Anaxágoras, puesto en su biografía célebre de Pericles. El filósofo había dejado su hogar sin familia y su campo sin cultivo para dedicarse á poblar con todas las ideas el hogar íntimo de su alma, y á cultivar con todas sus faenas el campo inmenso de su pensamiento. Pero este abandono de los deberes anejos á la realidad, en cuyo seno todos vivimos, no le traía tan miserable cual pudiera creerse á causa del amparo que le dispensaban muchos magnates, conoedores de su genio altísimo. Entre tales magnates hallábase Pericles, natural protector de ciencias y de artes. Mas Pericles, solicitado por atenciones tan opuestas y por oficios tan difíciles, olvidaba de vez en cuando la obligación adquirida en conciencia de alimentar á su filósofo. Y una vez que llegó á término de olvido ingrato, y hasta de criminal indiferencia, este irreparable descuido, Anaxágoras decidió morir por hambre. Envuelto en su capa raída como en pobre sudario, tendido á lo largo en tierra como en su propia tumba, echóse á morir desalentado sin murmurar una palabra de reconvencción y mucho menos sentir un afecto de ira ó de rencor. Mas los que veían extinguirse tal llama de ciencia y tal título de gloria para su Atenas, avivaron al estadista, quien corrió solícito en busca del maestro, arguyéndole de olvidadizo á él, víctima

de su olvido, cuando sabía cómo embargan á los repúblicos de autoridad los cargos y oficios del Estado. Riñéndole por su excesiva modestia, que no le permitía comprender cuánto necesitaba de su luz el político, respondióle con amargura el filósofo: «quien ha menester de una lámpara, le pone aceite.» Sobre sabio de tal fuste las iras patricias descargaron, desterrándole allende la mar en castigo de sus ideas progresivas y de su ciencia reveladora.

Pero no deseaban tanto molestarle á él como al político representante de la innovación y del progreso. Importábales á los aristócratas y á los reaccionarios de Atenas poco, muy poco Anaxágoras, por lo mismo que les importaba tanto Pericles. Y como Pericles á sus dardos apareciera invulnerable, por la profunda estima en que lo tenía el pueblo, trataron de molestar á quien más podía dolerle, trataron de molestar á su mujer Aspasia. Ocupada ésta en las altas concepciones científicas, pues la retórica, su arte favorito, no anda si no la mueven historia y filosofía, congregaba los sabios en torno suyo y controvertía con ellos los más abstrusos problemas. Soberana influencia debió ejercer en el pensamiento griego Aspasia cuando Sócrates, el mayor entre los ilustres conversadores de su tiempo, no la desdeñaba, antes la requería en sus con-

troversias y le daba participación suma en el arte de alumbrar ó hacer alumbrar á una inteligencia sus ideas, y en la higiene, y en la medicina del alma. Y esos diálogos de Platón, sobre cuyas enormes bases todavía se levantan las ciencias metafísicas hoy, por haber entrevisto las ideas primeras cual modelos y arquetipos eternos en la mente divina, esos diálogos mencionan varias veces á la incomparable Aspasia, cuyas menciones la evocan á nuestros ojos como la Pitonisa inspirada del pensamiento y del saber. Cuando Anaxágoras empezó á remover todos estos pensamientos, la curiosidad natural de Aspasia se dirigió á él en demanda y requerimiento de aquella ciencia que alimentaba y mantenía todas las artes. Y, por consiguiente, los enemigos jurados, muy poderosos todos en sus respectivas posiciones, de tal ciencia nueva, persiguieron á la musa, hiriendo con esta persecución al filósofo innovador y al innovador político. Sostenidos en sus odios de antiguo por los propósitos firmes del combate á muerte con la innovación religiosa y política, el influjo de Aspasia herían en una y otra materia. Lo cierto es que una imputación de libre pensamiento y libre conciencia la persiguió y la alcanzó. Lo cierto es que se presentó ante los jueces. Lo cierto es que corrió grave peligro de atraerse una sentencia condenatoria. Lo cierto es que tal

sentencia condenatoria pudo imponerle un destierro irreparable, cuando no el último suplicio, que no las gastaban menos aquellos magistrados, enemigos de las innovaciones peligrosas. Privado por un sí Pericles de su inteligencia superior con el destierro infligido al maestro Anaxágoras, y amenazado por otrosí también de perder su corazón al castigo que amagaba la frente de su esposa, creyó perder el seso á los golpes de tantos dolores intensísimos, y no perdonó medio alguno de alejar aquella desgracia, la cual podía herirle hasta en su vida y podía traerle una muerte violenta, pues nada tan malo y nocivo al estadista, embargado en altos negocios políticos, cual un profundo y amargo disgusto doméstico. ¿Y cuál mayor que la separación de aquella mujer, á quien había confiado la felicidad entera de su vida, y cuyo espíritu formaba y componía la mitad lo menos de su espíritu?

Acostumbrábase á poner el influjo de Aspasia como causa eficiente de todas las determinaciones tomadas por Pericles. Nada tan espontáneo y natural como la guerra llamada del Peloponeso y surgida naturalmente de la rivalidad entre Atenas y Esparta. Doria la una, jónica la otra; Esparta monarquía de antiguo, Atenas república; sustentada ésta por su democracia progresiva, y la otra por su patriciado guerrero, había entre

ambas la indeclinable oposición que resulta siempre de contradicciones irreductibles y de antinomias manifiestas. En la guerra contra los asiáticos, Esparta, no obstante aquel increíble sacrificio de Leonidas y sus trescientos guerreros, no había procedido con toda la resolución indispensable para casos de tal monta y para intereses de tal gravedad. Vencedora Grecia, en realidad había vencido Atenas. Milcíades, Temístocles, Arístides, Simón pertenecían al generalato ateniense. Las palmas de Maratón, de Platea y de Salamina ornaban las sienes de Minerva, producidas tanto por su cetro como por su lanza. El sublime cantor de la victoria se llamaba Esquilo, y se llamaba Heródoto el sublime historiador. Atenas había crecido y tomado por su crecimiento la dirección de todos los pueblos helenos. Organizada en una república sabia y liberal, artes y ciencias obedecieron á los conjuros de su voz y á los mandatos de su voluntad soberana. Tales ventajas le daban incontestable predominio sobre la tierra helénica, y tal predominio le atraía los celos de su rival Esparta. Quemadas una gran parte de las ciudades griegas, destruídos sus templos, rotas sus estatuas, necesitábase la reconstrucción estipendiada por el común tesoro helénico. Pericles, procurando esto, á fin de granjearse, había expedido embajadores á

todas las regiones y armado una especie de confederación, tanto militar como civil, encargada de ocurrir á tantas necesidades y de traer un acuerdo común, al cual pudiera someterse todos los griegos. Jónicos y dorios del Asia, isleños de Lesbos y Rodas, tracios del Helesponto, agrícolas de la Beocia y de la Fócide, ilustres aqueos denominadores de los héroes homéricos, tesalios, hasta los habitantes de Acarnania y Ambracia recibieron embajadores encargados de promover la confederación helénica. Y nada escucharon y nada hicieron porque se opuso el envidiosísimo rencor de la celosa y recelosa Esparta. Nada más natural que una guerra entre las dos regiones por el predominio sobre Grecia. Pues á pesar de hallarse tal conflicto en el orden natural de los hechos, atribuíalo tristemente la malicia vulgar á influjo de Aspasia sobre Pericles.

Comprendiendo el inmortal magistrado cuánto conviene á una democracia que sus jefes no adolezcan de soberbia militar, parecía un general completamente civil. Entraba, como todos los hombres en los antiguos tiempos, dentro de los empeños bélicos, pero sin llevarlos allende las necesidades supremas de conservar el predominio ateniense y combatir á los numerosos enemigos de Atenas. Ciertamente que todos los generales griegos resplandecían

á una con iguales ventajas. Los vencedores en aquellos inmortales encuentros, á que van las más inmarcesibles glorias vinculadas, no parecen tanto héroes cual magistrados, y no porfían por una ofensiva conquistadora empeñada en allegar territorios y dominios, sino por una defensiva encaminada de suyo á resguardar y defender la común patria. El general heleno se parece al general americano en eso; su carácter de ciudadano supera en él á los caracteres de milite y de *imperator*, á los caracteres militares. Cuando Grecia tomó la índole militar, organizándose para una conquista, pasaron sus democracias, cayeron sus repúblicas, extinguióse la santa libertad en ella, enmudeció su agora, saltó en mil pedazos el buril de sus artes, las áureas cuerdas de aquellas cítaras con que difundieran la poesía por el mundo estallaron, y sólo quedó un campamento, el cual se apoderó primero de Asia y más tarde cayó en poder de los romanos tristemente para no tornar jamás á levantarse. Pericles, filósofo, artista, orador, gobernante, hubiera sido incompleto en aquellos procelosos tiempos de no sumar á sus extraordinarios oficios y cargos el oficio y cargo de guerrero. Pero en la guerra se dejaba dirigir más por la prudencia que por el arrojo, y quería más fama de previsor que de temerario. Disuadía siempre de todo conato guerrero á los su-

yos, asegurándoles que los deseaba inmortales y no devorados por las hambres voraces de una guerra sin término.

Expediciones como la del Quersoneso, tan brillantes, más se movieron al propósito de paz que al propósito de guerra. Pericles quiso granjear en ella una colonia y no una victoria. Expuestos los griegos á perdurables combates por las correrías de los tracios, detúvolos, no tanto para someterlos, como para sosegarlos. Su paso por el Peloponeso, donde brilló á un tiempo cual Milcíades y Aristides en tierra, y cual Temístocles en mar, obedeció al deseo de amedrentar á sus rivales, no para domarlos con la superior fuerza de Atenas, para tenerlos á raya. Por el Ponto primero, después con los sinopeses durante la guerra sacra en Delfos, guiando Pericles soldados ambiciosos que soñaban hasta con una expedición á Sicilia y á Cartago, supo retenerlos en los límites de la disciplina más severa y contentarlos con satisfacciones modestas y restringidas. Su vasta mente de repúblico, su penetración profundísima de verdadero filósofo práctico, su fuerza persuasiva, valiéronle para conservar íntegra la robustez de Atenas, erigiéndola en fuerte áncora de la paz helénica. Los acontecimientos sucesivos demostraron cuál certera previsión le asistía en el estudio de las cosas públicas y en el cuidado

de los negocios patrios. Indispuestos los eubeos con los atenienses primero, y más tarde los de Megara; violado por los lacedemonios el territorio ático, prefirió tan excelso tribuno captar sus enemigos á vencerlos, y seduciendo, quizás cohechando por medio de hábiles sobornos, al ministro principal de Lacedemonia, evitó catástrofes terribles, en las cuales hubiera quizás padecido aquel maravilloso desarrollo del espíritu ateniense, á que debemos las glorias mayores y los títulos más sobresalientes de nuestra humanidad. Pactada una tregua de treinta años entre Atenas y Esparta, decretó la expedición á Samos. Y como quiera que tal expedición injustificada no apareciese congruente con todas las propensiones propias del ilustre repúblico, ni se concertase con su sabia política, imputáronla sus enemigos, como ya hemos dicho, al poder é influjo de Aspasia. No hay dato ninguno que justifique semejante aserción. El partido reaccionario y aristócrata no pudo perdonar al gran patricio republicano y demócrata la elevación del pueblo á las magistraturas por medio de libérrimas elecciones, y la retribución de tales cargas que les facilitaba mucho y los ponía por completo á merced de la democracia. Sometidos por la necesidad é inhabilitados para derrocar al jefe de la plebe, calumniábanlo torpemente y le dirigían y le asestaban tan ponzoñosos

dardos como el de su obediencia y sumisión al influjo de Aspasia en guerra iniciada solamente por el deseo de castigar una desobediencia de Samos, cuando intimada tenazmente á fin de que cesase pronto en su conflicto con Mileto, desoyó estas intimaciones y desacató así la noble autoridad y el superior poder de Pericles.

Pero Aspasia era nativa de Mileto, y á tal circunstancia se agarró la calumnia para nutrirse y cebarse. El instrumento de oposición más esgrimido en Atenas fué siempre la comedia, que no perdonó á Pericles. Un hijo de Jantipo, el que venció á los generales del rey en Micala, y de Agorista, cuya familia expulsó á los Pisistratidas y fundó la libertad con sus propias cualidades, bien merecía universal respeto. Pero los pueblos libres nunca se creen tales sino después de haber dirigido algún cargo más ó menos justo á sus primates y jefes. Nada tan fácil como ridiculizar desde abajo á los puestos en las eminentísimas alturas. Muy bien conformado Pericles, adolecía de un solo defecto, de cierta desproporción entre su desmesurada cabeza y el resto de su cuerpo. Albarrana le llamaron, lo cual quiere decir tanto como cabeza de cebolla. Cratino fué quien cometió esta irreverencia en su comedia *Los Quirones*. Otro poeta cómico, llamado Teleclides, dice que, á la vista de su

cabeza tan sólo, se movían por doquier populares alborotos. Eupolis, en sus *Populares*, al citarlo entre otros demagogos, díjole que parecía tener en su cabeza las cabezas de todos. Pues si á un defecto físico lo vejaban de tal suerte, imaginaos cómo vejarían sus relaciones morales con Aspasia. Targelia llamaban á ésta en público, designándola con el nombre de aquella cortesana, cuyas impúdicas gracias enloquecieron á varios magnates helenos, obligándolos al traicionamiento de su patria y al servicio en las legiones persas. Unos la llamaban Onfala, es decir, la seductora mujer, aquella que dió su rueca y huso á Hércules, envolviendo su cuerpo en la piel de tigre que llevaba este semi-diós sobre sus hombros. Llamábanla otros Deyanira, la hermosa joven robada por el centauro Neso, y que tan funesta resultó á su raptor, causándole súbita muerte. Quien la trataba con mayor consideración, decíala Juno, para mostrarla celosa de su Júpiter olímpico. Cratino la injurió con el apodo de combleza, el cual quiere decir tanto como querida ó manceba del hombre casado, quien dentro de su casa la guarda y á vista de su mujer. Para más vejarla tristemente le imputa la generación y parto de un hijo espurio. No creo tales acusaciones justas. Legalmente Pericles repudió á su mujer primera para casarse con la segun-

da y última. Una combleza equivale á una concubina que habitase bajo el techo donde se guarece la mujer propia, y esto nunca lo hizo Aspasia. Entró en casa de Pericles, verdad, pero cuando las leyes habían arrojado á su antigua propietaria. De consiguiente, no hay razón para vejarla de tal modo y menos para ponerla en el teatro, ya como una vil cortesana, ya como una impúdica manceba. El renombre de la influencia intelectual, moral y artística por la hija de Mileto alcanzadas sobre su rendido amador, creció tanto y llegó tan lejos, que muchos reyes pusieron á sus favoritas y aun á sus esposas el nombre de Aspasia. La comedia griega, ya lo veremos, solía cebarse con suma saña en todos los seres superiores de Grecia. Ella puso la cicuta en labios de Sócrates, extinguiendo aquel espíritu que brillara con tanta luz y con tanto calor en las cimas del universo moral, y ella, la comedia, como ya hemos indicado muchas veces, quiso acabar con Aspasia. Y hubiese acabado. El destierro de Anaxágoras indudablemente se completa con el suplicio de la que fuera su inspiración y su musa. Los jueces ya estaban apercebidos á darle tal golpe, que la tendiera y la derribara por delito de libre pensamiento á sus piés. Mas Pericles, sin fuerzas acaso para sobrevivir á tal desgracia, presentóse delante del tribunal y habló por

ella con la elocuencia que con ella compartía, como compartía su corazón y su alma. Y no se contentó con su elocuencia, que tanto influjo ejerciera sobre su tiempo y sobre su patria; soltó á llorar mares de lágrimas, acompañados por plañideros sollozos. Viendo los jueces al hombre que personificaba la democracia y la libertad en Atenas rendido, angustiado, lloroso, casi exánime, como un joven recién asaltado por el amor, se movieron á compasión y le reintegraron en su felicidad, como si de nuevo le regalaran aquella mujer, sin la cual apenas concebía su vida. Tales eran, y no las dichas por los cómicos, estas relaciones de Aspasia y Pericles.

Pero, ¿qué no imputarían á la hermosa mujer, cuando le imputaban la guerra, emprendida siempre contra la voluntad manifiesta de Pericles? Éste se guardaba de los fondos públicos todos los años diez talentos para emplearlos en evitar á su Atenas un conflicto. Tal resolución trajo la tregua de los treinta años entre los dos pueblos rivales. Y merced á la tregua de los treinta años reinó saludable paz en toda Grecia. No podía culpársele si Corinto recelaba de Atenas; si Corcira ejercía oficios más de piratería que de navegación y de comercio; si Epidauro no toleraba rival ninguno en los senos de Ambracia; si Esparta quería un predominio im-

posible sobre toda Grecia; si acordado un punto al enemigo, surgía otra exigencia; si las ligas helenas vacilaban entre los dos Estados fortísimos de la Hélade; si Beocia se conmovía profundamente por la capitalidad de Tebas; si Platea, consagrada por sus victorias á la inmortalidad y ceñida por los artistas de templos armoniosísimos, se veía injustamente asaltada por la envidia; si Megara expedía sus naves en busca de codiciados despojos; si grandes plagas venían sobre las costas; si retaba Epidauro; si los espartanos, traicionando su historia, demandaban socorros á Persia, ninguna culpa cabía de tales hechos á Pericles, y mucho menos á su mujer Aspasia, enemiga jurada de la guerra y amiga de todas las artes conducentes al brillo intelectual de Atenas. Pero no pueden los poderosos espaciarse, ni siquiera en los goces más naturales y sencillos, sin que la envidia les clave sus venenosos aguijones y procure su muerte, no tanto la material como aquella otra moral que acaba y aniquila por siglos de siglos á una personalidad en la historia. Existía por aquel tiempo en Atenas un magnate llamado Pirilampo, el cual coleccionaba, como se dice ahora en el habla corriente, aves rarísimas. Ornitomanía se llama tal afición en la historia. Su pajarera, de inmensas proporciones y de una población cantora y alada numerosísima, tenía tal crédi-

to, que la mostraba el primero de cada mes, como los museos de nuestros tiempos, á ciudadanos y extranjeros. El ave que por aquella sazón más despertaba la curiosidad pública era una muy vulgar hoy, pero bastante rara entonces, á pesar de llevarla Juno á su lado, era el pavo real. Porque tal rico regalaba ejemplares de sus pavos á Pericles, la malicia se apoderaba del presente para reirse á sus anchas de tales dones, como de cosa reprobable y ridícula. Con tal motivo, bordaban aquellas sátiras en acción aproximaciones más ó menos donosas entre la mujer de Júpiter y la mujer de Pericles, llamando á su hogar Olimpo con verdadero intento de suscitarle cóleras y envidias. Irreverente hubo que llegó á decirle general instruído por su mujer en las artes guerreras. El natural comercio de Aspasia y Pericles con Fidias, Sófocles de las artes plásticas, dió margen y ocasión á nuevas calumnias. Dijeron que marido y mujer iban allí, no tanto en busca de los recreos honestos, á cuyos encantos las almas á lo ideal suben, como en busca de mancebos y mancebas con quienes mitigar su sed insaciable de goces y voluptuosidades. No había ningún amigo suyo perdonado. A Meticos se le llamaba general, ingeniero y celador del pan, todo porque le protegía Pericles y le daba muchos cargos. El escándalo llegó tan lejos, que se propuso una ley con-

denando la presentación de personas vivas en el teatro. Pero entonces los poetas cómicos se agarraban á su política y decían que había incendiado á Grecia para complacer á su Aspasia, la cual arrojó la centella que todo lo inflamara en los hacinados combustibles. Hasta un curtidor se levantó en medio de la plaza y puso muchas veces en peligro su autoridad y su nombre, hiriéndole por el lado aquel donde sabían que se hallaba su corazón, hiriéndole por el lado de Aspasia.

Pericles no dejaba de volver por sí mismo y por su esposa en aquellos momentos angustiosísimos. El gran historiador Tucídides nos ha dado, con más ó menos fidelidad, las arengas dichas por él en aquellos momentos. Contra los que le motejaban de tímido y débil, decía que colocaban en él su propia timidez y debilidad. Hombres de corazón bajo y de vista corta llamaba con arrojo á los pusilánimes que le maldecían con desvergüenza. Indignábase contra los que se atrevían á imputaciones como aquella del influjo de Aspasia en la guerra, cual si la guerra no hubiese á la postre resultado universal obra de todos los atenienses. Romper paces honradas sin motivo ceguera y locura, pero declinar superioridades incontestables sin combate, vergüenza y suicidio. Nadie puede abandonar con cobardía lo adquirido por sus padres